



BASE
SOCIAL
DE LAS

WASHINGTON
LOCKHART

REVOLUCIONES

DE SARAVIA

QUE el cuarto tomo salga antes que el tercero, es impaciencia que se explica, pues interesa y urge en cierto modo comparar la situación social correspondiente a las revoluciones de Saravia con la que se vive ahora, descontando aquellos que no la pueden vivir más. Se explica —decimos— pero no se justifica tanto, pues si bien el tema de por sí tiene relevancia especial, no cabe considerarlo "independiente" de la situación general, de ese estudio sobre la década 1895-1904 que, según se anuncia, dará lugar al tercer tomo de la "Historia rural del Uruguay moderno", obra que tan buena aceptación tuvo por los dos primeros, los que abarcan desde 1851 hasta 1894. Aciertan los autores sin embargo en centrar su enfoque en la circunstancia social de las conmociones de 1897 y 1904, con sus correspondientes conatos de 1898 y 1903, pues nunca se despejó, ni bien ni mal, la perplejidad que, en cuanto a su significación en ese plano, provocaran siempre esos levantamientos. Quiénes intervinieron, por qué, qué sectores echaron fuego a la hoguera y cuáles echaron agua, qué hicieron o dejaron de hacer los distintos grupos sociales y políticos, incluyendo partidos y gobierno, qué situaciones, qué intereses y qué motivos promovieron tales actitudes, son curiosidades que componen un panorama tentador, y que Barrán y Nahum estudian con el esmero que merecen. Lejos de evidenciar apresuramiento, la obra ofrece un material decantado, profusamente extraído de las numerosas fuentes de que se dispone, aprovechando casi siempre esos márgenes

abundantes que la atención preferente a la circunstancia bélica y política, dejó libre, pese a todo, a una consideración social pródiga en sugerencias importantes, a través de anécdotas y dichos, pero muchas otras de reflexiones que inciden en lo principal. A ese material vivo, erizado de lanzas y picoteado por balas de máuser, se agregan otros más cautelosos, provenientes de la Asociación Rural y de las estadísticas oficiales. Los autores, duchos ya en el no siempre fácil menester de dejar hablar a los demás y de decir a su vez lo suyo, no proponen así solamente una interpretación, sino material también para que aventuramos la nuestra. La posible disidencia autor-lector puede así surgir de los mismos materiales que se ofrecen, según la trascendencia que les otorguemos. Cabe adelantar no obstante que el panorama ofrecido es en general tan convincente como amplio, y que, aun sin lograrse, en materia tan difícilmente elaborable, una certidumbre sin resquicios, las líneas principales aparecen trazadas con la suficiente nitidez y adecuado criterio de valoración.

La situación de la sociedad rural, sus tensiones y miserias, aparece ilustrada con frecuentes y bien seleccionadas transcripciones. Si bien la realidad así exhumada no puede llegar a configurar una revelación inesperada, debe reconocerse el mérito de haberle dado consistencia a lo que hasta ahora era sólo presunción, no resultando fácil extraer una versión fiel de entre las charangas partidarias que veían solamente heroísmos y principios en donde lo primero era la pobreza sin

salidas en que estaba sumergido el paisanaje. Mostrar las patas de la sota es tarea que los autores llevan a cabo con clara conciencia de la situación padecida por el pobrero después del alambramiento iniciado en la era letorrista. Nuestra discrepancia, sustentada en parte, en declaraciones obtenidas de muchos veteranos, nace del énfasis excesivo con que se concibe la situación del pobrero en sí mismo, así como la desocupación, situación real, pero incluida en una realidad más amplia, operante en sectores más complejos de la sensibilidad general. El desarraigo, en efecto, afectaba no solamente al pobrero; todos, en todos los niveles, eran virtuales ausentes. El primer viento que soplara levantaba ese liviano polvo; nada lo ataba a la tierra sino un trabajo al cuete. Si decían "reventó la revolución", es porque ya se sentían en el aire. No había más que dejarse ir. Como nos contaba el veterano Francisco R. González, del Perdido, "era como ir a una fiesta". La música de la banda los encendían como a yesca, al resonar parches y clarines en aquel silencio de fondo en que yacían. Dejaban al fin el caballo que los llevaba y traía sin sacarlos de su vida penosa. Volvían a la montonera. Era como encontrar un destino, o una ilusión equivalente. Qué placer entonces cortar los alambrados tirantes como bordona; y más si la portera estaba allí nomás, a media cuadra. Seguían ahora su camino, no el de los otros, el que llevaba a "las casas" de los otros. Era su manera de hacer huelga, como decía Mongrell. Creemos que los autores, si bien sacan a luz con exactitud las condicionantes económicas, no reconocen en toda su relevancia propia los sentimientos que se les derivaban. Si los aluden, es como pidiendo disculpas, cuando lo que corresponde es reconocer francamente ese doble o triple fondo en donde cada una de esas zonas psicológicas adquiere relativa autonomía, reconocer que del hambre al hecho hay no desdeñable trecho, condensaciones intermedias que impulsan o frenan, deforman o desvían los motivos que nacen de las necesidades primordiales.

EL mayor peligro que acecha a toda concepción dialéctica —aquí felizmente obviada en sus peores excesos— es ceder a la seductora tentación de una simplificación racional que permita explicar todo sin más ni más. En ese sentido, creemos que en este caso debían haberse incorporado esas alternativas que Marx estaba lejos de desestimar. El amor al cintillo, la solidaridad con el patrón, eran sentimientos que, nacidos como se quiera, se habían convertido —y aún hoy subsisten, apenas deteriorados en sectores juveniles— en un imperativo independiente de la situación económica. Como nos decía el antedicho veterano, "pa mejor el patrón era blanco". La zona geográfica fue otro factor preponderante, no tenido en cuenta en toda su gravitación por los autores. El fenómeno Saravia fue en gran parte un abceso de frontera, por la facilidad de refugio y ayuda en el Brasil, en donde nació, se recostó y murió el movimiento en la persona de su jefe, en la conciencia de una independencia relativa que era casi impunidad. En el litoral sudoeste, lo que se levantó no fue tampoco el "pobrero"; sus jefes eran caudillos del pago o de las ciudades, patronos, a veces simples capataces, algún procurador, a los que seguía su gente. No pudieron ser muchos, aquellos "blancos" de veras, pero muy pocos eran desocupados. En el litoral noroeste, más lejos de los apoyos de Buenos Aires o el Brasil, eran todavía menos los que pudieron pensar en levantar el poncho, fueran ricos o pobres. La adhesión por lo blanco y colorado es algo vivo todavía en el interior, y el candillo político hábil es casi exclusivamente lo que explota. No necesita hablar de Oribe o de Rivera; basta que levante la bandera, que haga sonar alguna marcha y que use tinta azul o colorada en las listas. Y la gente queda pronta para ser arreada en las elecciones. Hoy se sigue diciendo con toda naturalidad "soy blanco", o "colorado"; o "soy de familia blanca", o "colorada". Sobre todo las mujeres de la casa, aún

abundantes, desde las más humildes, heroínas incansables del trajín diario de la escoba y la pileta, cuidando enfermos y cocinando lo que pueden, viviendo mal sin saber por qué, hasta las que asocian su partidismo con una posición que no conciben perder. Noticias, apenas si les llegan, o las reciben previamente aderezadas, creyendo entender sólo aquello que se ajusta a moldes todavía incommovibles. Lo que queremos señalar aquí es la relativa displicencia con que los autores relegan una conformación sentimental aún honda y vigente. No iban tanto por la "carne gorda". Las más de las veces tenían que arreglárselas con sopa de fideos, y entre tanto a conseguir yerba o café para ir tirando. En cuanto a que buscaban "vida buena", aún están Tupambaé y otras serenatas de máuser y de máxim para ponerlo en duda, sin contar las intemperies, el mal dormir, los fríos, mal cubiertos al final de harapos. Creemos también que correponde disminuir en algo el número de vacunos consumidos que se calcula, así como los desocupados combatientes, y concederle así más lugar al infatigable amor por el cintillo. Y a la reacción ante una vida vacía, no tanto por pobreza —que la había— como por incompleta y sin horizontes, enajenada de arriba a abajo.

El libro acierta más plenamente en las partes IV y V, al considerar la clase alta rural. Surge allí con nitidez su acuerdismo y avidez de "orden", su afinidad por lo tanto con el gobierno, y los conflictos consiguientes entre esas clases y el partido (y ni que hablar que con el caudillo), historia que se repite y que conviene repasar en sus distintas variantes, esa confabulación renovada contra los intereses verdaderos de la colectividad y contra el hombre real, condenado a oscilar entre una "normalidad" de penuria e inconciencia, y una peripecia, disfrazada de aventura, externa a su destino. En este Chicotazo puso el dedo en la llaga, aunque ya sabemos finalmente para qué. Aunque ese cintillo que tapaba los ojos fuera levantado hasta la frente, según siempre aconsejaba, no fue en el caso del saravismo sino para padecer una alternativa distinta del mismo mundo irredento en el que estaba metido hasta el pescuezo.

El episodio, según lo perciben acertadamente los autores, se cierra con un triunfo de la represión, del eterno conservadorismo y de sus miedos recurrentes. Hoy el partido se juega en cancha grande y han cambiado muchas de sus coordenadas. Conocer lo que pasó sigue siendo no obstante un medio imprescindible para entender lo que está pasando ahora. Y esta obra es a ese respecto una contribución de valor indudable.

• José Pedro Barrán y Benjamín Nahum: HISTORIA RURAL DEL URUGUAY MODERNO —Tomo IV— HISTORIA SOCIAL DE LAS REVOLUCIONES DE 1897 y 1904. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1972 212 p.

PETOFI

El 19 de enero de este año se cumplió un siglo y medio del nacimiento del poeta húngaro Sándor Petöfi, que fue el mayor poeta de Hungría y uno de los héroes más notables que ha dado la literatura. Para conmemorar esta fecha diversas instituciones mundiales han determinado ya la edición de libros, actos, conferencias, exhibición de filmes sobre la vida de Petöfi, etcétera, con el auspicio de la UNESCO y todo el material posible proporcionado por Hungría. En el Uruguay esta serie de homenajes comenzará en mayo y en esa oportunidad escribiremos sobre la obra y la personalidad del gran poeta revolucionario que despareciera a los 27 años de edad.